

NO HAY TAL LUGAR

Interrumpir, dice

CRISTINA RIVERA GARZA En el ensayo que Piglia le dedica a Kafka en *El último lector*, se señala una y otra vez el gusto (¿o la manía?) kafkiana por la interrupción. Ciertos finales que son en realidad una suspensión brutal. Descripciones que se convierten, de súbito, en una distracción blanca. Libros que no *terminan*, en el sentido tradicional del término. Al mismo tiempo, Piglia cita varias entradas del diario de Kafka en que éste se queja de las interrupciones que amenazan continuamente el acto de la escritura que, para él, habitante de una cueva ideal y subterránea, tendría que ser un acto ininterrumpido. Un acto incesante. Un acto eterno.

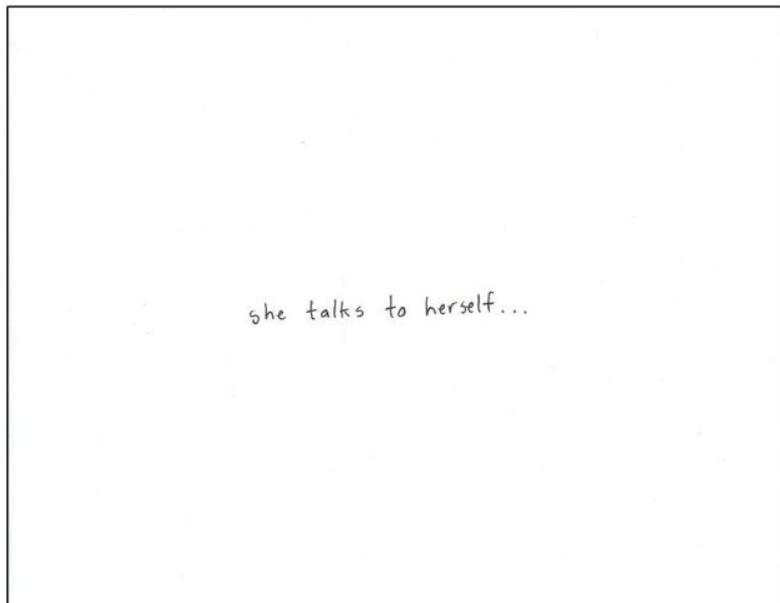
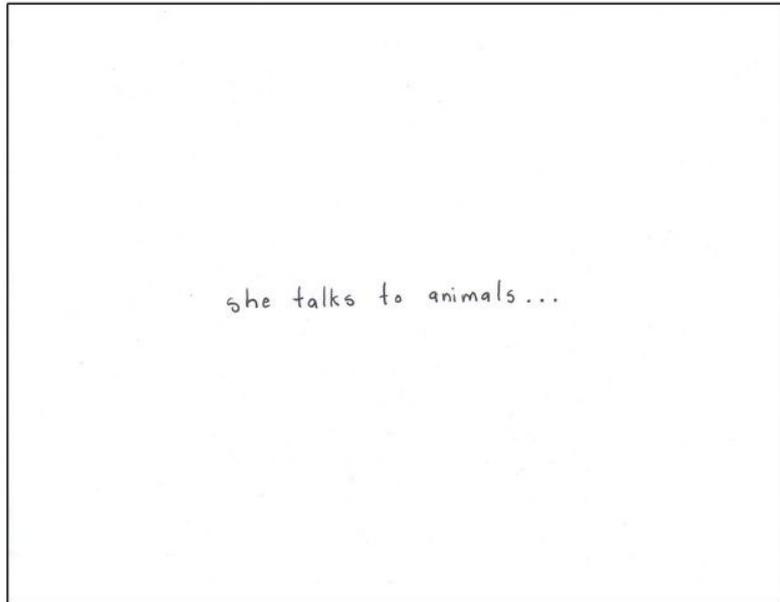
¡Ah, el siglo XIX!

Y yo, que leo a Piglia en la silla que está justo frente al escritorio donde se encuentra la pantalla que, anti-cueva como la que más, me conecta al mundo, no puedo evitar ver de reojo (porque para mirarlo *todo* no hay como ver oblicuamente varias cosas a la vez) el manuscrito de la-novela-*in-progress* que aparece-desaparece (cual vela tarkosvkiana) de la *unknown zone*; la barra donde se esconden, momentáneamente, las cuentas abiertas de tres direcciones electrónicas distintas; el link donde investigo, cuando me acuerdo, la posición exacta de Wyoming; y las dos ventanas por donde me llegan “voces” de otras latitudes a lo largo del día. Todo esto, mientras escucho el murmullo de los estudiantes por los pasillos; el comentario que, dicho con la entonación adecuada, hace reír a más de uno en la oficina de enfrente, y la penúltima discusión entre un alumno y una alumna a los que unen, todo parece sugerirlo, lazos de suyo complicado.

¡Ah, la idea misma de lo incesante, lo eterno, lo ininterrumpido!

¡Ah, ese trayecto (de preferencia lineal) al que no lo detiene obstáculo alguno!

Me doy cuenta, quiero decir, que escribo en la interrupción continua. Para la interrupción, tal vez. Con ella en mente y con ella en cuerpo. La interrupción, esa amenaza ciertamente, que acelera el trazo o concentra la atención de maneras a veces escandalosas, en todo caso urgentes. La interrupción beatífica. La divina interrupción que me lleva a encontrar lo que no sabía que buscaba (que es, si me lo preguntan, la única manera en que algo puede “ser encontrado”). La in-



SHE TALKS TO ANIMALS / SHE TALKS TO HERSELF / DÍPTICO (DETALLE) / TINTA SOBRE PAPEL / 15 X 21 CM C/U

terrupción que me desdice (y, luego entonces, me hace ser “des-dicha”). La interrupción como principio narrativo, como estructura textual, como eje semántico. El lector, siempre interrumpido. La interrupción: una manera relacional del sujeto en la era de la muerte de la muerte del sujeto.

¡Ah, la pureza del Espacio, el Tiempo, el Ser!

[¡Ah, las Mayúsculas!]

La interrupción: una amenaza

que se busca. La interrupción y su consecuente adrenalina, ese *fix*. Interrumpir el discurso: vacilar. El que interrumpe tergiversa (o estaba a punto de cuando...). Interrumpir como quien seduce a la otra opción (que siempre existe). Interrumpir para cambiar de rumbo (o para no tener rumbo). El paréntesis de la interrupción. El chasco de la interrupción. La manía de la interrupción.

¡Ah, Kafka!

